

El Eco de Cartagena.

ANO XXIX.—NUM. 8409

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Cramartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 18 de Noviembre 1889

EL INVIERNO

Ya del jardín las aromosas flores
En su falle gentil se marchitaron
Ya triste se alegraron
De la selva los pájaros cantores.

Huyó el verano, Del invierno crudo
Hay que sufrir el frío y los rigores
Con algún estornudo

Preludio de estorruo..... y otras cosas
Propias del tiempo y siempre fastidiosas.

Según dice D. Crispulo, mi tío,
Es mu y bueno abrigarse, si hace frío
Cuidando de no hacer un disparate,
Mas sea de fiyo, una imprudencia
No tomar en invierno chocolate
De la fábrica El Barco de Valencia.

Que se venden en latas iluminadas de 6
paquetes una, desde el precio de 5 reales en
adelante, en todos los ultramarinos de la
provincia de Murcia por el Gobernador Ge-
neral del ojo ausente.

Recomendamos.—Quinina dul-
ce Baeza.—(Véase anuario 3.ª plana.)

CURA inmediatamente toda
Diarreas (de
los niños
de los niños
de los niños)
Dificultades
de la digestión
de la digestión
de la digestión

RISNUTO
de
los niños
de los niños
de los niños

Disenterias,
Vómitos (de
los niños
y de las
embarazadas)
Cáncer y dolores de estómago
Depositos en las principales farmacias

ESTERAS

30 AIRE 30

GRAN SURTIDO
NO EQUIVOCARSE

AIRE 30.—TELÉFONO NUM. 127.

LA SEMANA ANTERIOR.

No pueden ustedes formarse idea, ni
aproximada siquiera, del compromiso en
que se encuentra la persona que se vé
obligada há hacer reseñas semanales, quan-
do no existen acontecimientos dignos de
figurar en ellas.

Cuando se reunen dos señoras que ha-
blan poco (esto que les parecerá á ustedes
raro, y á mí también, ocurre, porque no
hay regla sin excepción) después de salu-
darse más ó menos expresivamente, euan-
mudecen, y para poder decir algo, echan
mano al tiempo, que es el tema más soco-
rrido para hablar cuando no se tiene nada
que decir.

Pues esto precisamente, es lo que hoy
me está pasando.

La semana última ha dado tan poco de
sí, que apenas si podría llenar un par de
cuartillas relatando sucesos.

Ustedes saben de sobra, que nó se ha
presentado todavía el frío, y que esto dá
lugar á que mientras Fulanita sale á tomar
un refresco vestida de terciopelo, Menga-
nita se dirige á comprar un manguito
con un trapecillo de percal y sombrero de
paja.

Estas anomalías son muy propias de la
época.

Conoce á un D. José, rechoncho y sim-
pático que duerme con sábana sola-
mente, al mismo tiempo que Socorro, mi
vecina, se arropa con tres mantas y según
ella, así y todo le falta algo.

Doña Tecla no puede beber el agua, si

antes no zambulle en el vaso un pedacito
de hielo; D. Casto hace que se la pongan
al fuego para beberla templada.

Los unos aseguran que tienen frío, y los
otros afirman que sienten calor.

Vamos, que no sabe uno á que atenerse
con estas divergencias de opiniones

También tienen ustedes noticias del
concierto que se verificó noches pasadas
en el Casino Cartagenero, y que sirvió para
que la eminente violinista Gabriela (no
recuerdo su apellido, ni lo creo necesario
porque no han de confundirla ustedes con
otra) obtuviera una nueva ovación tan me-
recida como unánime.

Además hubo su poquito de baile, y
después se acordó que los domingos y fies-
tas de guardar se rindiera culto á Terpsí-
core.

Así es, que anoche volvieron á reunirse
en los salones del Casino, las señoras que
frecuentan dicha sociedad, y allí pasaron
la velada.

No pueden ustedes ignorar que en la
semana pasada ha tenido lugar por pri-
mera vez en esta Audiencia, un juicio oral
por Jurados. Y no lo ignoran ustedes por-
que El Eco se ha ocupado detalladamente
del asunto.

Que parte de la marina de guerra rusa,
se encuentra entre nosotros están todos
mis lectores hartos de saberlo. Lo que pue-
de ser que desconozcan aun es la fecha de
su marcha, que se verificará el jueves
próximo, si el tiempo no lo impide.

No es preciso consultar el almanaque pa-
ra averiguar en cual época del año nos en-
contramos.

Basta salir á la calle y ver en ella ma-
nadas de pavos para decir, la Pascua se
acercas.

En todo tiempo se venden estos anima-
litos, mejor dicho son vendidos por los que
comen con lo que ellos producen, pero en
ninguno se les vé pulular con la frecuencia
que en el presente.

La pascua para los pavos, es como para
nosotros el cólera morbo asiático.

Decía yo el lunes último, que los tres
teatros de esta ciudad estaban cerrados, y
que de seguir así, el porvenir nocturno se-
ría poco halagüeño.

El teatro circo se ha empezado á quedar
en casa, ó á recibir gente, que para el caso
es lo mismo, desde anteanoche.

El público concurrió á las primeras in-
vitaciones y si continúa asistiendo el nego-
cio será bonito para la empresa.

J.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número
anterior.

PETENERA

Charada

Una prima dos tres cuatro
Por cierto guapa mujer,
Cuando sali del estanco

En la puerta me encontré,
Con cierta primera cuatro
Que era una dos dió á entender
Pues sin pizca de recato
Cantó una todo muy bien.

J. Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

EN PERPÉTUO ENGAÑO

Exhaló el bueno de D. Dionisio el último
suspiro en brazos de su amada esposa.

Murió el hombre, bastante contrariado de
perder la vida (hay que advertir que D. Dio-
nisio era rico), dándose el fenómeno de que
lo sintiese más por tener que dejar para
siempre á su mujer, que no por ir á parar
contra su gusto á las regiones de lo descono-
cido.

Debo hacer constar que esto, aunque pue-
reza «fifa», no lo es; y para que el lector se
convenza, bueno es que sepa que D. Dionisio
fue un «moleto» de maridos, esposo amante
y cariñoso, fiel compañero de la mujer que el
destino y su suegra quisieron depararle; jun-
tó disgusto alguno á su mitad querida, como
no tuvo ésta un caprichito que él no se lo
satisficiera al momento.

Observo que he dicho una mentira en esto
de los caprichitos, y me apresuro á rectificar
no todos se los satisfacía D. Dionisio, algunos
apeteció que, si no hubiese ella misma encon-
trado el modo de ver cumplidos sus deseos
nunca los habría satisfecho.

Hecha esta pequeña salvedad, continúo:
Don Dionisio creía que al morir dejaba sobre
la tierra á un dechado de virtudes; á una es-
posa sin igual y á un futuro ejemplar de vir-
tud; creía—y esto era su tormento—dejar
á una mujer enamorada y loca de amor por
él, y que, sin duda alguna, sucumbiría al do-
lor inmenso que en su corazón causaría su
muerte.

—¡Pobre Adelaida! ¿qué vas á hacer tú sin
mí?—preguntaba á su esposa momentos antes
de morir.

¡Necia pregunta que sólo á un moribundo
puede perdonarse, y más necia aun en boca
de D. Dionisio, que llevaba al morir seis años
de matrimonio!

¿Qué había de hacer Adelaida después de
muerto su esposo?

Pues procurar vivir muchos años disfru-
tando del oro que su marido tuvo á bien do-
narle, y siendo joven como era, buscar quien
se extasiara con sus caricias, caricias que en
otro aprendió á hacer.

Y digo esto á despecho de todas las pasio-
nes exaltadas que puedan escandalizarse, ó
si nó á la prueba: la primera que envuélve
y esté en tales circunstancias, que me lo
diga.

No sé si con lo poco que va dicho para con-
vencer al lector de que don Dionisio sentía
más perder á su esposa que perder la vida,
habré conseguido mi objeto; si es así, me
felicitó; si nó, si es que hay algun casado
que no se convenza, le ruego que sea indul-
gente y que me crea porque digo la verdad.

Don Dionisio, había sido comerciante y á
eso se debía que en algun tiempo hubiese
cometido algunos pecados, lo que le valió al
morir que le justicia divina (la humana nada
le hizo en vida), le castigase á perpetuidad
con las penas del infierno; sentencia que dis-
gustó bastante al interesado.

Ya en la mansión de los malos, y pasados
los primeros días (en el infierno nó hay días
ni noches, pero de alguna manera he de ex-
presar la idea del tiempo), en los cuales el
tormento desempeñó un importante papel en
la persona de Don Dionisio, pero que á se-

mejanza del gusto, que á fuerza de excitarlo
hace perder la sensibilidad, los tormentos
que el infierno proporciona, cuanto más quie-
re refinarlos, más pronto llegan á hacer per-
der la sensibilidad al paciente, hasta el pun-
to de que éste se encuentra tan bien allí como
estuviera en su casa. Ya en tan buena si-
tuación, don Dionisio, empezó á preocuparse
por la suerte de Adelaida; tanto se creía
amado y la amaba, que las penas del infierno
parecíanle agua de borrajas al lado de las que
suponia pasaría ella sin él. La creta enferma,
desmejorada, pálida, con la palidez de una
muerte cercana, en su cara veía las huellas
del dolor, y en sus miembros la completa
postración de un cuerpo que sufre dolores
del corazón. Antojábasele que Adelaida vivía
retirada del mundo, de sus placeres, de sus
extravagancias y de sus gustos, vistiendo un
traje negro y sencillísimo, llevando un tocado
humilde, y pasando el tiempo en llorar la
pérdida de su Dionisio y en rogar á Dios por
su alma...

¿Cuán ajeno estaba el condenado de lo que
pasaba en la tierra! Pero sigamos:

El tiempo pasó, y don Dionisio juzgó que
el alma de Adelaida había abandonado e
cuerpo en que estaba encerrada, llegando
rápidamente al cielo en premio á su virtud y
castidad. Nunca como entonces lamentó los
pecados que en vida había cometido, porque
de haberse portado como bueno, estaría otra
vez al lado de la que fue su compañera leal y
cariñosa. La desesperaba el no poder volver á
verla porque no ignoraba que á los que van
al infierno de nada les vale el arrepentimiento
porque jamás llegan á rehabilitarse.

En esas divagaciones que le atormentaron
muchos años, pasaba una mañana con un
dibujillo de buena pasta que le dispensaba sa-
vores y escuchaba sus tristezas, cuando oye-
ron lastimeros gritos, que, no muy lejos, ha-
zaba una mujer que era presa de elevadas
llamas.

—Esa será una recién llegada—dijo el di-
bujillo á don Dionisio.

—Quisiera equivocarme—contestó éste,—
pero parece que esa voz es de la que en
vida fue mi mujer.

Y abandonando á su protector y amigo, co-
rrió como un loco hacia el punto de donde
partían tan terribles lamentos.

Llegó, y fue para caer en el más grande
anonadamiento. Era nada menos que la vir-
tuosa Adelaida la que se retorcia en el fuego.

—¡Por vida de Satanás!—dijo el energú-
meno, al recibir los sentidos—¿he perdi-
do la razón ó tu eres mi esposa.

—La misma soy—contestó ésta.

—Yo creía que estabas en el cielo y veo
que no has muerto hasta ahora, y...

—No hace mucho.

—¿Por qué te has condenado? ¿qué pe-
cado has cometido, que te han cerrado las
puertas del cielo?

—Un gran pecado, Dionisio, te congo-
tó todo mi amor y me olvidé de Dios; moriste,
y mi pensamiento solo se acordó de ti.

—¡Pobre Adelaida mía, que por haberme
querido demasiado, te ves en esta horrible
mansión! ¡Desdichado real
y lo fue.

Desde entonces don Dionisio sufre grandem-
ente por estar creído que él, y sólo él, es el
causante del castigo impuesto á su mujer;
aunque las historias indignas cuentan que á
Adelaida se la condenó por un pecado capi-
tal; no me acuerdo cual, cometido durante el
matrimonio y repetido en el período de viu-
dedad.

¡Desgraciado don Dionisio, que ni en el in-
fierno se libró de vivir engañado!

ADOLFO MARSILLACH

Octubre, 1889.